

Andrea Pagni*

Intelectuales en América Latina: historias, discursos, intervenciones

1. De la historia intelectual a la historia de los intelectuales

Uno de los acontecimientos más importantes de los últimos años en el ámbito al que apunta esta reseña ha sido, sin duda, la aparición de los dos volúmenes de la *Historia de los intelectuales en América Latina*, bajo la dirección de Carlos Altamirano. El primero de ellos, con el subtítulo: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, publicado en 2008 y dedicado a “las genealogías del intelectual en América Latina” (I, p. 24), fue editado por Jorge Myers; el segundo: *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX* (en rigor hasta los años ochenta del siglo pasado), por el mismo Carlos Altamirano. Los subtítulos refieren explícitamente al concepto elaborado por Ángel Rama, que tanta influencia ha tenido en el pensamiento intelectual desde la aparición póstuma de *La ciudad letrada* en 1984, libro del que se han publicado en los últimos años diversas ediciones en distintos lugares de América Latina y una traducción al inglés en Duke University en 1996. Con motivo de la aparición del primer volumen en 2008, se resaltó el hecho de que fuera justamente desde Argentina, que hasta entonces había demostrado un interés no excesivo por la dimensión latinoamericana del pensamiento intelectual, desde donde se impulsara un proyecto de tal envergadura, que contó finalmente con la colaboración de más de 50 especialistas de diversas disciplinas, la gran mayoría de los cuales trabajan en universidades de América Latina y unos pocos en EE.UU., Francia y España.

En su “Introducción general” (I, pp. 9-27) a ambos volúmenes, Altamirano establece una distinción conceptual entre la historia intelectual, “que trabaja sobre ‘hechos del discurso’ bajo la idea de que ellos dan acceso a un desciframiento de la historia que no se obtiene por otros medios”, y la historia de los intelectuales, “que, articulándose en la intersección de diversos campos del conocimiento –la historia de la prensa y de la edición, la historia política y de la literatura, la sociología de la cultura y la historia de las ideas– estudia la posición de los intelectuales en el espacio social y analiza “sus asocia-

* *Andrea Pagni es coeditora de Iberoamericana y profesora de literaturas y culturas latinoamericanas en la Universidad de Erlangen-Nürnberg. Campos de investigación: historia de la traducción en América Latina, literatura de viajes del siglo XIX, literaturas contemporáneas del Cono Sur; historia de los intelectuales en América Latina. Últimos libros publicados: El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios (2011); con H.-J. König y S. Rinke: Memorias de la nación en América latina. Transformaciones, recodificaciones y usos actuales (2008); con G. Payàs y P. Willson: Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina (2012).*

ciones y sus formas de actividad”. Si bien “hay excelentes estudios sobre casos nacionales”, señala Altamirano, no se contaba hasta el momento con una “historia general” que tuviera en cuenta “el ejercicio mismo de pensar y escribir [...] en tal o cual momento histórico” sin hacer abstracción de las “condiciones de existencia” de quienes ejercen esa actividad. En un primer paso, el director define el concepto de “intelectuales” con el que opera el proyecto: un término que “no evoca multitudes en ningún lugar del mundo”, y que refiere a una “condición urbana” y a una formación de “patrón europeo occidental”, que permaneció vigente también en los “programas de autonomía cultural respecto de Europa” y en los que revalorizaron las culturas indígenas. Los intelectuales latinoamericanos ocuparon a lo largo de su historia un lugar específico “en el diferenciado espacio de la cultura”, lo que habilita a hablar de “élites intelectuales” que operan “en instituciones, círculos, revistas, movimientos, que tienen su arena en el campo de la cultura” y más específicamente, de la publicación impresa. Altamirano señala que el “prototipo” del intelectual latinoamericano, forjado “en la cultura de la ilustración”, puso en primer plano el “papel social”, fundamental en el “discurso americanista”, y que “[l]a representación del hombre de letras como apóstol y visionario, que honra a su país con sus obras y lo inspira con su pensamiento y su acción cívica, cristalizó muy tempranamente”. Sin embargo, reconoce que esta imagen idealizada del intelectual, “asociada con la noción de ‘inteligencia americana’, ya no corresponde a nuestras exigencias de conocimiento histórico”, lo que no implica que haya que pasar al otro extremo, a la “desacreditación de los intelectuales”.

Una meta del proyecto consiste justamente en superar esta última perspectiva. Sin duda fue *La ciudad letrada* el estudio que condujo, en el marco de su recepción, a generalizar un juicio crítico sobre la labor intelectual en América Latina a partir de la tesis central del libro, según la cual desde la colonia hasta finales del siglo XIX “las élites letradas formaron parte del sistema de poder”, con la función de elaborar “discursos de legitimación del orden social, incluida la definición de la cultura legítima, que no era otra que la de los mismos letrados”. Solamente en las primeras décadas del siglo XX percibe Rama el surgimiento de “un nuevo escenario intelectual” caracterizado por el “abandono de ese criterio de superioridad social fundada en la disparidad cultural”. Altamirano remite, por supuesto, a la revisión crítica del paradigma de la ciudad letrada que en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* (1989) efectúa Julio Ramos.

El primer volumen es presentado por su editor, Jorge Myers (I, pp. 29-50), como el intento de “abrir un campo, indicar interrogantes, plantear hipótesis que sirvan para orientar investigaciones futuras” sobre la historia del intelectual en el continente latinoamericano. Este volumen focaliza la evolución de la figura del intelectual –o mejor dicho: el letrado, aunque se generaliza el uso del primer término– desde la colonia hasta finales del siglo XIX. Después de justificar que se sitúe el comienzo de esta historia en el momento de la conquista en razón de que “la evidencia que [los recursos simbólicos de las culturas autóctonas] le ofrecen al historiador es demasiado fragmentaria como para permitir otra cosa que una historia eminentemente ‘especulativa’” del período precolonial, Myers subraya el “monopolio eclesiástico de las funciones intelectuales” en la primera etapa colonial hasta 1650, en manos sobre todo de dominicos, franciscanos y, más tarde, jesuitas.

Al “letrado colonial” está dedicada la primera parte del libro, con tres estudios que trazan un panorama de la unidad del saber en la cultura virreinal (Ó. Mazín), y analizan

aspectos específicamente referidos a las élites letradas en Perú (S. V. Rose) y a la relación entre literatura e “intelectuales” en Brasil (L. De Mello e Souza). El centro de interés del primer volumen es el siglo XIX. Sin pretensión de ser exhaustiva en la mención de temas y autores, se estudian aquí la modificación y diversificación del “lugar de los escritores públicos y la naturaleza de las funciones intelectuales” en el contexto de la independencia y de la formación de los Estados nacionales, relevando las figuras del “letrado patriota”: Antonio Nariño, Servando Teresa de Mier, Vicente Rocafuerte, Mariano Moreno (J. Myers); del “jurista” como letrado por excelencia (R. Pérez Perdomo); del “publicista” en el marco de la configuración de la prensa como un campo semiautónomo en México (E. J. Palti); de los “historiadores” de la nación en Argentina, Brasil y Uruguay (F. J. Devoto); del “erudito coleccionista” (H. Crespo); de los “intelectuales negros” en Brasil (M. A. Rezende de Carvalho); de los “científicos” del Porfiriato (C. Lomnitz) y del positivismo venezolano (J. Lasarte); de las “maestras, librepensadoras y feministas” en Argentina a comienzos del siglo XX (D. Barrancos). Otras colaboraciones ponen el acento en la formación de la opinión pública a comienzos de la independencia en Venezuela (P. Silva Beauregard); en la difusión del ideario iluminista en el Río de la Plata (K. Gallo); los “nuevos ‘intelectuales’” en la esfera pública de la segunda mitad del siglo XIX, en Perú, en Argentina y en México (H. Sabato); la relación de los intelectuales con el imperio en Brasil (L. Moritz Schwarcz); la prensa como espacio de profesionalización en la Argentina de fines del siglo XIX (A. Laera); y el surgimiento, en ese momento, de “cuatro nuevos arquetipos del intelectual latinoamericano”: además del científico, ya mencionado, el intelectual militante de la revolución social, el intelectual artista del modernismo (S. Zanetti y B. Colombi) y el escritor popular (A. Laera). Notable resulta también la comparación entre distintos contextos nacionales en muchos de los estudios aquí reunidos. El propio Myers compara en la introducción una y otra vez el ámbito hispanoamericano con el lusoamericano, para relevar similitudes o, más bien, diferencias entre ambos espacios culturales, siendo ésa la comparación que aparece con menor intensidad en los diversos artículos.

En la introducción al segundo volumen, Carlos Altamirano (II, pp. 9-28) observa que en el siglo XX “la vida intelectual corrió predominantemente por cauces nacionales” con algunos momentos en los que el subcontinente “funcionó como una sola arena entre cultural y política”. Son esos momentos los que se quiere destacar en este segundo volumen para analizar el entramado latinoamericano y no limitarse a una suma de análisis de fenómenos “nacionales”. Apelando a Bourdieu, Altamirano traza los comienzos de la autonomización del campo intelectual a comienzos del siglo XX y esboza la figura del intelectual en el cruce entre la carrera literaria, el periodismo y, a partir de los años treinta, la docencia universitaria. En cuanto a la relación entre intelectuales y Estado, observa por un lado que en el Porfiriato y el Estado Novo los intelectuales aparecen “en el papel de servidores públicos”, mientras que en Argentina el “conflicto” entre el campo intelectual y el campo del poder político será más frecuente que el “consorcio”. Si bien los artículos se ocupan sobre todo de aspectos vinculados con los “cauces nacionales” de la vida intelectual, se ofrece a una lectura interesada la posibilidad de comparar, de verificar convergencias y divergencias –sobre todo teniendo en cuenta que el volumen no está organizado según criterios “nacionales” sino transversales–.

Altamirano presenta las líneas temáticas que orientaron la composición de este segundo volumen: la relación entre intelectuales y poder revolucionario en el marco de

la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana (J. Garcíadiego y R. Rojas); los “trajectos y redes intelectuales” de figuras como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (A. Díaz Quiñones y J. Myers); los exiliados del aprismo en Chile (R. Melgar Bao) y la reforma universitaria en Argentina (M. Bergel y R. Martínez Mazzola); la producción de revistas culturales: *Amauta* (O. Terán), *Sur* (M. T. Gramuglio), *Marcha* (X. Espeche), *Cuadernos Americanos* (L. Weinberg), *Revista Mexicana de Literatura* (R. Pozas Horcasitas) y *Casa de las Américas* (C. Gilman); la tensión “entre la acción cultural y la acción política” en el caso del APRA (M. Bergel), de la cultura católica en Brasil (F. A. Pinheiro Filho) y Argentina (F. Devoto) entre 1920 y 1940; de la izquierda intelectual de los sesenta y setenta en esos dos países (M. Ridenti y J. L. de Diego, respectivamente); el discurso indigenista en Perú (O. Gonzales y L. Millones) y en México (E. Kourí); la relación entre intelectuales y vanguardia en México (A. Azuela de la Cueva), Argentina y Brasil (S. Miceli); el lugar que ocupan en la historia de los intelectuales latinoamericanos los emprendimientos editoriales en los casos de Argentina (F. Espósito), México (G. Sorá) y Chile (B. Subercaseaux); la relación entre *intelligentsia* y ciencias sociales, p. ej. en el México posrevolucionario (G. Palacios), en el Cono Sur (A. Blanco), en Brasil (L. C. Jackson), en Colombia (J. Adelman). Cierra el volumen un conjunto de estudios sobre la relación de los intelectuales con la literatura (G. Aguilar, N. Catelli y H. Pontes) y con los medios de comunicación (M. Varela).

Del listado de temas se concluye que en este segundo volumen el foco de los estudios recae una y otra vez en Argentina, Brasil, México, Perú y, puntualmente, en Chile y Uruguay. La riqueza de esta *Historia de los intelectuales en América Latina* radica por un lado en la diversidad de temas abordados bajo un techo común, dado por la existencia de un comité académico internacional formado por Nora Catelli, Horacio Crespo, Arcadio Díaz Quiñones, Jean Franco, Claudio Lomnitz, Sergio Miceli, y los editores Jorge Myers y Carlos Altamirano. Después de acordar un temario básico en mayo de 2006, los miembros del comité se dieron a la búsqueda de colaboradores idóneos para la redacción de los estudios específicos —y reunieron, como mencionaba al comienzo, a un grupo de más de cincuenta investigadores, todos ellos especialistas en los temas a los que se abocaron—. A diferencia de tantos volúmenes colectivos aleatorios, que en estos tiempos se publican y en que lo que cuenta es la cantidad de publicaciones que registra un currículum, y no su calidad, porque nadie tiene tiempo de leer todo lo que se esconde entre las cubiertas de un libro, estamos aquí en presencia de una obra planificada con inteligencia, organizada con gran lucidez y que es el resultado de un esfuerzo colectivo fuera de serie. Todos los artículos que leí para esta reseña —casi dos terceras partes, seleccionando por interés personal, por conocimiento de los autores, por placer (que no es un criterio menor)— iluminaron zonas de mi propio saber y de mis intereses con una luz nueva, con esa luz que sirve para seguir pensando por cuenta propia.

La historia de los intelectuales en América Latina, en esa perspectiva subcontinental y comparada, es, al decir de Jorge Myers, un campo de investigación que empieza a abrirse, a proponer preguntas, a plantear hipótesis. Algunos de los artículos reunidos en *Pensar al otro / pensar la nación*, el libro compilado por Alejandra Mailhe y dedicado a la relación de los intelectuales con la cultura popular “en Argentina y América Latina”, como reza el subtítulo quizás no del todo feliz, seguramente son parte de esa historia que se está pensando y escribiendo en la senda abierta por el proyecto de Altamirano. Si también aquí se aspira a comparar tradiciones intelectuales nacionales —de Argentina y Perú,

de Brasil y Argentina— prima en la mayor parte de los artículos la perspectiva “nacional” y la comparación es más bien tarea a realizar a partir de la lectura. Concentrándose en discursos de “las elites intelectuales para aprehender a los sectores populares y la cultura popular” entre comienzos del siglo XX y los años setenta, los casos estudiados dan cuenta de “las autolegitimaciones de los propios intelectuales”, que se conciben como mediadores políticos o como intérpretes culturales respecto de las culturas populares (p. 11): el argentino Manuel Ugarte en el cruce entre socialismo y positivismo (M. Merbilhaá); el peruano Luis Valcárcel con su indigenismo *sui generis* (M. Castilla); los viajes intelectuales del brasileño Oliveira Lima a Argentina a fines de la década del diez (K. Gerab Baggio) y del argentino Bernardo Kordon a Brasil en 1937 (A. Celentano) que ponen en escena la alteridad del otro social en el país visitado; la flexión que impone la adhesión al peronismo en el discurso filosófico de los argentinos Carlos Astrada, Luis Juan Guerrero y Rodolfo Agoglia (M. Donnantuoni, I. L. García y A. Ércoli, respectivamente); el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada en relación con la cultura nacional y popular (H. Pas y A. Mailhe, respectivamente); la funcionalidad de la gauchesca en el pensamiento comunista de Héctor Agosti y Amaro Villanueva (A. Petra); y la mediación intelectual del antropólogo francés Roger Bastide en Brasil, donde vivió entre 1938 y 1954, en su diálogo con los autores locales y su análisis de las religiosidades populares (A. Mailhe).

2. Diagnósticos sobre prácticas intelectuales latinoamericanas

Si el proyecto de Altamirano se cierra en los años ochenta del siglo XX porque a finales de esa década “comenzó a hacerse evidente que asistíamos a mutaciones de diferentes órdenes, desde políticos a tecnológicos y culturales, que indicaban el fin de una época y el comienzo de otra, también en la vida intelectual” (Altamirano I, p. 24), es justamente ese cambio de paradigmas el núcleo del libro que, editado por Mabel Moraña y Bret Gustafson, lleva por título *Rethinking Intellectuals in Latin America*. La agenda propuesta para la segunda conferencia internacional “South by Midwest”, de la que surge este libro, es el estudio del rol del intelectual y la definición de las prácticas intelectuales en sociedades periféricas (p. 10) —en este caso, América Latina—. El título —*Rethinking Intellectuals in Latin America*— es ambiguo, ya que sugiere tanto que se trata de repensar en América Latina a los intelectuales, como de repensar a los intelectuales latinoamericanos desde un lugar no especificado.

El punto de partida de los trabajos reunidos es, señala Moraña en su introducción, la reflexión acerca del lugar de enunciación de los discursos intelectuales no sólo como una posición geocultural, sino sobre todo como una posición estratégica para la elaboración de políticas culturales y proyectos políticos en el marco de la transformación de las instituciones y del rol cada vez más importante de los medios y las tecnologías virtuales en el mundo contemporáneo (p. 10). Aquí la función intelectual ya no se concibe como privilegio de una élite selecta, sino que abarca desde la capacidad de análisis, interpretación y crítica de la sociedad diseminada en todos los niveles sociales, hasta la intervención social, política y cultural especializada e incluso profesionalizada. Esto implica una concepción del intelectual diferente de la postulada por Altamirano, y que ya no responde al concepto moderno, según el cual el intelectual, miembro de una élite caracterizada por su dominio de la cultura de la letra, tomaba partido respecto del campo del poder político

desde una posición de relativa autonomía. Ahora el trabajo intelectual aparece visto como una práctica, que implica reflexión, pero también intervención en el sentido de movilización, activismo, articulación de actores políticos y recursos públicos (p. 12).

Los temas tratados en las diversas contribuciones abarcan el proceso de intelectualización popular de la sociedad, la articulación entre culturas nacionales y prácticas intelectuales, la relación del trabajo intelectual con las dinámicas de la migración, la diáspora y el exilio, la incidencia de la crisis y el descentramiento de la escritura en el trabajo intelectual, la elaboración del legado de la modernidad, la articulación de saberes locales y globales y la defensa no fundamentalista de saberes locales y regionales (pp. 19 ss.). El libro está estructurado en cuatro bloques; el primero, dedicado a las raíces intelectuales en América Latina, contiene aportes sobre intelectuales y mestizaje en el caso del Inca Garcilaso y de Blas Valera (J. A. Mazzotti); sobre los intelectuales negros en Montevideo durante el siglo XIX (W. G. Acree) y sobre la aniquilación de Ariel en el *Calibán* de Manuel Gálvez (G. Aguiar). Todos estos artículos también podrían haber sido parte de la *Historia de los intelectuales en América Latina* de Altamirano.

El segundo bloque está centrado en las culturas nacionales contemporáneas y los desafíos del trabajo intelectual, con artículos variados sobre temas puntuales, dos de ellos sobre Brasil: una comparación de las figuras de Fernando Henrique Cardoso y Luis Inácio Lula da Silva, el “profesor” y el “trabajador”, respectivamente (J. D. French) y un análisis de las prácticas antropológicas en relación con los *quilombolas* (J. H. French). Los otros estudian la trayectoria de Nelly Richard en Chile en comparación con la de Julia Kristeva en Francia (A. del Sarto) y los dilemas del intelectual moderno a finales del siglo XX, tal como aparecen planteados en la figura de Emilio Renzi en *Plata quemada*, la novela de Ricardo Piglia (J. P. Dabove); un último artículo de este bloque versa sobre los intelectuales en Cuba hoy (A. Arango).

La sección dedicada a las epistemologías alternativas y las agendas políticas contiene estudios sobre los proyectos políticos indígenas en Bolivia y Ecuador como formas de insurgencia y ya no de resistencia (C. Walsh); sobre las intervenciones intelectuales y los saberes mayas, principalmente en Guatemala (J. M. Maxwell [Ixq’anil] y A. P. García Ixmata); y sobre el concepto de “lo comunal” en el marco de la decolonización (W. Mignolo).

El último bloque, dedicado a las redes globales y los flujos transnacionales, incluye artículos sobre el uso del inglés en las ciencias sociales (R. Ortiz, publicado anteriormente); sobre la ampliación del campo de intervención intelectual en el ciberespacio (G. Yúdice), donde se pone de manifiesto la aparición de movimientos sociales de todo tipo, que ya no necesitan a los intelectuales tradicionales como voceros y mediadores; sobre la geopolítica del hispanismo –con una crítica polémica a Julio Ortega y su dossier publicado en *Iberoamericana* 9 (2003) (A. Trigo)– y un estudio comparativo del coeditor Bret Gustafson sobre las modalidades de intervención intelectual en Bolivia y Ecuador por un lado, y en Perú por el otro, con sus políticas de pluralismo epistémico y de contención (bajo el gobierno de Alan García en ese momento), respectivamente, poniendo el acento en la disrupción de la categoría moderna del intelectual y en las articulaciones y mediaciones llevadas a cabo ahora no sólo por la élite letrada y los intelectuales vanguardistas, sino también por líderes revolucionarios, *think tanks*, activistas, comentaristas de TV, artistas *hip-hop*, etc.

Si bien los diversos artículos tematizan la diseminación del discurso intelectual latinoamericano por fuera de los ámbitos tradicionales, todos los contribuyentes provienen

del ámbito académico. A diferencia de los autores de la *Historia* dirigida por Altamirano, la mayor parte (doce de los diecisiete autores) trabaja en universidades de los EE. UU.; dos de ellos, Ajpub' Pablo García Ixmatá, de la Universidad de Guatemala, y Judith M. Maxwell (Ixq'anil), dominan la lengua maya kaqchikel.

3. Pensando más allá de las modas discursivas

Aunque mucho se ha hablado en los últimos años sobre la crisis de los intelectuales en América Latina, su marginación en el marco de la globalización neoliberal triunfante, su reemplazo por expertos comunicólogos o académicos, el volumen editado por Moraña y Gustafson es sintomático de un cambio, se acepte o no el diagnóstico que sirve de punto de partida a los autores reunidos en ese libro. Si tradicionalmente el intelectual era quien tomaba partido e intervenía en el campo político desde el campo intelectual, para hablar con Bourdieu e introducir aquí su concepto de autonomía, tan importante para definir la figura del intelectual moderno, las transformaciones resultantes de la globalización problematizan el concepto de autonomía, como observan, desde diferentes perspectivas y posiciones, Néstor García Canclini y Josefina Ludmer.

En su controvertido libro *Aquí América latina*, una intervención intelectual *sui generis*, Ludmer retoma el concepto de “literaturas posautónomas” sobre el que ya había escrito en 2006. No me interesa hacer una crítica de este libro, muy dispar, sobre el que existe ya una variada discusión (ver sobre todo la reseña polémica de Dalmaroni 2010); sólo quiero focalizar la concepción de posautonomía con la que opera Ludmer, para ponerla luego en relación con la reflexión de García Canclini sobre ese tema. Ludmer sostiene, también recordando a Bourdieu, que “hoy se desdibujan los campos relativamente autónomos [...] de lo político, lo económico, lo cultural” (p. 152); como consecuencia de ello, la literatura “perdería su poder crítico, emancipador y hasta subversivo” (p. 154), que le permitía intervenir desde su propio campo en el campo político. Conviene recordar que durante el siglo xx la figura del intelectual coincidió en América Latina muy frecuentemente con la del escritor—desde José Martí *avant la lettre*, pasando por Alfonso Reyes hasta Julio Cortázar y más acá—. Ludmer distingue, en su recorrido por la producción literaria argentina del año 2000, que es la que la ocupa, entre “escritores-intelectuales”, que enuncian públicamente sus ideas políticas (Feinmann, Asís), y “puros escritores” o “literatos” (Aira, Chejfec, Libertella), a los que califica de “último avatar de la autonomía” (p. 92). Literaturas posautónomas serían en cambio aquellas que no admiten lecturas literarias, que no pueden leerse con criterios literarios “como autor, obra, estilo, escritura, texto y sentido” (pp. 149 s.). Las literaturas posautónomas se fundarían en los supuestos de que hoy (o sea, en el año 2000) “todo lo cultural (y literario) es económico y todo lo económico es cultural (y literario)”, y de que “la realidad (si se la piensa desde los medios, que la constituirían constantemente) es ficción y la ficción es realidad” (pp. 150 s.). Ejemplo de escritores posautónomos serían para Ludmer, ahora en perspectiva latinoamericana, Bolaño, Abad Faciolince, Link.

Aquí América latina es la “especulación”, como dice el subtítulo, de una profesional de la literatura, un discurso articulado desde el lugar de la crítica literaria, que sigue confirmando la existencia de ese objeto llamado ‘literatura’, ahora en su versión “posautónoma”, y de la disciplina que se ocupa de ese objeto. El título, *Aquí América latina*,

podría parecer una provocación, teniendo en cuenta que Ludmer escribe, explicitándolo constantemente, durante un sábado del 2000 en Buenos Aires, y sobre todo acerca de literatura en su mayor parte argentina. Es el capítulo final del libro el que ayuda a justificar un poco ese título algo excesivo; confieso que es también el que más me interesó. En esa última parte, dedicada a las relaciones entre lengua española, migración e imperio en tiempos de globalización, Ludmer lee los relatos de migración de latinoamericanos al primer mundo (de Inés Fernández Moreno, Hugo Fontana, Jorge Franco, Santiago Gamboa, Carlos Liscano, Clara Obligado) como pasajes “del territorio de la nación al territorio de la lengua” (p. 187). Pero la lengua en el mundo globalizado no es sólo el territorio de los migrantes; es también un “recurso económico” y un “territorio imperial”, dice Ludmer apelando a Del Valle (2004 y 2007) y sus análisis de las políticas de la lengua implementadas por España desde la creación del Instituto Cervantes en 1991: “Las políticas de la lengua son hoy políticas económicas de la globalización, políticas imperiales y también políticas de los sentimientos (afecciones). Pueden usarse en uno o el otro sentido, porque el territorio de la lengua es la patria de los migrantes y la del imperio” (pp. 191 s.). Está por verse hasta qué punto el libro de Ludmer tendrá una recepción amplia más allá de los círculos argentinos, donde se la lee en el marco de los debates del campo literario que no ha perdido su especificidad, aunque en América Latina nunca haya sido tan autónomo como las teorías de Bourdieu postulaban.

Me interesaba esbozar someramente las “especulaciones” de Ludmer sobre las “literaturas posautónomas” para compararlas con las reflexiones de Néstor García Canclini sobre “postautonomía” (respeto las ortografías divergentes) y arte en su último libro *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. “El arte fuera de sí” titula García Canclini su “apertura” del libro, citando el diagnóstico de Ticio Escobar (2004) sobre la pérdida de autonomía de lo estético bajo el imperio del mercado. Con la globalización, dice el autor de *Culturas híbridas*, se agota el modelo de autonomía del campo artístico, que estaba asociado “a una época en la que todavía se podían analizar los movimientos de arte como parte de culturas nacionales” (p. 21). En la intersección con el mercado surgen nuevos usos del arte –en el desarrollo urbano, la industria del diseño, el turismo, los medios– y aumentan “los desplazamientos de las prácticas artísticas basadas en objetos a prácticas basadas en contextos hasta llegar a insertar las obras en medios de comunicación, espacios urbanos, redes digitales y formas de participación social donde parece diluirse la diferencia estética” (p. 17; énfasis en el original). En esos desplazamientos, el arte pierde el carácter transgresivo que lo había caracterizado durante todo el siglo xx, y que estaba vinculado con “la existencia de estructuras que oprimen y de narrativas que las justifican” (p. 17). Refiriéndose al uso del concepto de postautonomía en Tupitsyn (2004) y en Ludmer, García Canclini señala que “[e]s legítimo hablar de una condición postautónoma en contraste con la independencia alcanzada por el arte de la modernidad, pero no de una *etapa* que reemplazaría ese período moderno como algo distinto y opuesto” (p. 52; énfasis en el original). Por otra parte, pone el acento en la alteración de los vínculos entre “creación, espectáculo, entretenimiento y participación”, entre “lo culto, lo popular y lo masivo”, entre “autoría, reproducción y acceso” (p. 49), temas que viene tratando, siempre en nuevas y reveladoras aproximaciones, por lo menos a partir de *Culturas híbridas*.

A partir del primer capítulo del libro, “Estética y ciencias sociales: dudas convergentes”, algunos de cuyos temas acabo de mencionar, García Canclini argumenta en el marco

de las disciplinas en cuestión. Los capítulos siguientes estudian casos específicos, poniendo el acento en los vínculos entre arte y patrimonio: analiza los supuestos del programa de patrimonio cultural de la humanidad de la UNESCO, relacionándolos con “usos institucionales y mediáticos del patrimonio”, como por ejemplo la Plaza de Tiananmén, el Zócalo, la Muralla China o la Cibebes, y con obras de arte actuales que reelaboran “el sentido y el valor de bienes o símbolos patrimoniales”, como en el caso del artista mexicano Gabriel Orozco (p. 67); critica “el tratamiento estético del patrimonio” de extracción colonial (p. 101) en el Musée du quai Branly, en París; analiza instalaciones de Antoni Muntadas, Santiago Sierra, Marcos Ramírez Erre, León Ferrari, que “elaboran miradas no convencionales sobre los cruces interculturales” (p. 122) y trabajan “en diálogo o en choque con instituciones y narrativas globales” (p. 198); releva en la obra de Carlos Amorales, que no permite identificar un relato social o político determinado, la presencia de “significantes a la espera de un significado” (p. 207). En todos los casos se trata, en vistas de un debilitamiento de la autonomía, de “intentos de sostener cierta independencia respecto de la religión, la política, los medios y los mercados” (p. 25).

Si bien García Canclini se hace cargo del diagnóstico de la condición postautónoma del arte, no se embarca en una nueva euforia o en un nuevo lamento, sino que trata de “entender los cambios en la actuación de los artistas” (p. 239). El autor de *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo* (2002) se muestra cauto ante los diagnósticos que hablan de tiempo posnacional y nomadismo como efectos de la globalización, y recuerda que “el 97% de la población mundial [...] sigue viviendo donde nació y que la mayoría de los artistas sólo resuenan dentro de su país” (p. 244). Igualmente cauteloso se muestra con el concepto de “postautonomía”, porque “no ayuda a entender las oscilaciones y las ambivalencias entre autonomía y dependencias” (p. 245), y prefiere operar con el concepto de “inminencia”, que aparece ya en el subtítulo del libro. El arte, dice García Canclini, “es el lugar de la inminencia” (p. 12): “Entre la inserción social inevitable y el deseo de autonomía se juega el lugar que van a tener la transgresión creadora, el disenso crítico y ese sentido de la inminencia que hace de lo estético algo que no acaba de producirse, no busca convertirse en un oficio codificado ni en mercancía redituable” (p. 25). García Canclini alerta contra aquella crítica que diagnostica el borramiento de las diferencias entre un acto político y una obra artística, contra “el reduccionismo de corrientes de los estudios culturales que sólo valoran los textos y las obras artísticas por su modo de representar las diferencias y las contradicciones sociales” (p. 246), y subraya la importancia de las “formas *específicamente culturales y artísticas* de extender la difusión de la creatividad para equilibrar los intercambios entre norte y sur, entre actores centrales y periféricos” (p. 248; énfasis en el original). Apelando a la conceptualización de Jacques Rancière (2008), García Canclini concluye diciendo que “[I]a tarea del arte no es darle un relato a la sociedad para organizar su diversidad, sino valorizar lo inminente donde el disenso es posible”, y deja abierta la pregunta por la posibilidad de una ética para esa “estética sin relato” (p. 252).

Uno de los pensadores con los que dialoga García Canclini en *La sociedad sin relato* es el antropólogo Alejandro Grimson, quien en su último libro, *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, aboga por una conciencia crítica respecto de las banalizaciones del pensamiento posmoderno acerca de los conceptos de ‘cultura’ e ‘identidad’: “¿Todas las diferencias culturales son reductibles a los efectos ilusorios de las identidades construidas?”, pregunta (p. 48). Contra la “investigación militante” y la “ide-

alización de los múltiples sujetos subalternos” en el campo de la antropología (p. 101), y contra ciertas modas académicas, critica “la tendencia a analizar actores que son del agrado de los investigadores” (p. 104) y subraya la importancia de “una autonomía no ingenua entre las respuestas empíricas a las preguntas de investigación y la posición política de los investigadores” (p. 95). La desaparición de las fronteras y las naciones, dice Grimson citando a Baeza (2009), es sólo “una mera expresión de deseos de los ensayistas” que la postulan (p. 119); del mismo modo alerta contra el abuso de conceptos como ‘nomadismo’ y ‘culturas diaspóricas’.

Una parte central del libro está dedicada a distinguir los conceptos de ‘cultura’ e ‘identidad’ entre sí, marcando las diferencias entre fronteras culturales (es decir, fronteras de significaciones), y fronteras identitarias (o sea, fronteras de sentimiento de pertenencia) (p. 113). Analiza en este contexto las posiciones del culturalismo, para el que la identidad deriva de un grupo cultural, y del instrumentalismo, donde se apela a una supuesta cultura en común para construir identidad (p. 152). En busca de una tercera vía, introduce la noción de “configuración cultural”, que “enfatisa la noción de un marco compartido por actores enfrentados o distintos” con una lógica de interrelación específica y una trama simbólica común (pp. 172 ss.) como alternativa tanto respecto de la “idea objetivista de que hay culturas esenciales” como del “postulado posmoderno de que las culturas son fragmentos diversos que sólo los investigadores ficcionalizan como totalidades” (p. 28). Con cautela de antropólogo crítico, Grimson nos recuerda (y aquí resuena lo dicho por García Canclini) que “[I]a inmensa mayoría de la población mundial no migra a otro país, la mayoría de la gente no es bilingüe, la mayoría de las personas no tiene acceso irrestricto a las tecnologías telemáticas, las lenguas primeras continúan siendo relevantes, la ubicación geográfica sigue teniendo importancia”, y que convendría “prestar un poco menos de atención a las modas académicas, y un poco más a los modos en que las personas reales, de carne y hueso, viven estos fenómenos” (p. 182). No comprender esto, también es pensar y actuar etnocéntricamente, concluye Grimson. Me pregunto si para Grimson *Aquí América latina* no sería, en ese sentido, un libro etnocéntrico. Si Ludmer dice que todo lo cultural es económico y viceversa, para Grimson “[I]as plusvalías semióticas no son bienes transables, no son convertibles a una moneda global o imperial” (p. 237).

Otro de los libros con los que dialoga *La sociedad sin relato es Poscrisis. Arte argentino después de 2001*, de Andrea Giunta, que reúne un conjunto de ensayos sobre la producción artística iniciada en el contexto de la crisis argentina de diciembre de 2001 y en un arco que llega hasta 2009. Giunta estudia “cómo la ciudad se convierte en escenario del arte, cómo se transforman los modos de producir cultura, cómo funcionan aquí las relaciones interpersonales y las nuevas tecnologías, cómo acercarse al arte contemporáneo, hasta qué punto sirven los valores en los que antes confiábamos para sostener la calidad de una obra” (p. 20). Uno de los fenómenos resultantes de ese momento en que el arte fue eminentemente político y “la creatividad se mezcló con la protesta”, fue “la ‘colectivización’ de la práctica artística” y el reciclaje, que Giunta describe como “poética sin insumos” (pp. 54 ss.). No sólo se disuelve “el lugar del creador individual, resolviendo los problemas que le plantea su obra”; también es nuevo el modo de “situarse frente a las instituciones del arte”, marcado ahora por la distancia y por cierta indiferencia (pp. 62 s.).

Giunta subraya que la crisis económica no incidió negativamente sobre el campo de las artes visuales, sino al contrario; por ejemplo, entre 2000 y 2004, las políticas de patri-

monio condujeron a la creación de dos nuevos museos. Esto lleva a Giunta a observar que el mercado de arte puede reactivarse justamente en situaciones de crisis, cuando no hay inversiones seguras (pp. 87 s.). Como García Canclini, también Giunta se ocupa de León Ferrari, en particular de la retrospectiva presentada en 2004-2005 en el Centro Cultural Recoleta y las reacciones que suscitó en la tensión entre “libertad de expresión” y “armonía del orden público” (p. 108). Giunta reflexiona acerca de la autonomía del arte o, dicho de otro modo, de la relación entre arte y política (no en el marco del pensamiento de Bourdieu, sino del de Adorno), atendiendo a la relación entre arte y conflicto en las “intervenciones urbanas” y “performances colaborativas” de fines de 2001 (pp. 158 ss.). Muchos de los textos reunidos en *Poscrisis* relevan intervenciones artísticas que responden a las conceptualizaciones propuestas por García Canclini y sustentan su diagnóstico.

4. Volver sobre los olvidos

El libro de Ticio Escobar, *El arte fuera de sí*, que mencioné más arriba, apareció con un prólogo de Nelly Richard, donde la crítica franco-chilena subraya la exigencia de Escobar de un “arte crítico [...] capaz de desafiar la razón política, el orden social y el cálculo económico”. Reconocemos aquí el discurso de Richard desde los tiempos de la “Escena de Avanzada” y los inicios de la *Revista de Crítica Cultural*. Su libro, *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*, publicado en la colección “arte y pensamiento” de Siglo XXI, dirigida justamente por Andrea Giunta, reúne un conjunto de artículos, que en su mayor parte constituyen versiones revisadas de textos ya publicados. El último, de 2006, analiza contraponiéndolos, el conocido documental de Patricio Guzmán *La Batalla de Chile*, y el libro *Imágenes 1973. Archivo histórico El Mercurio-Aguilar*, publicado en Santiago de Chile en el año 2003, al cumplirse los treinta años del golpe de Estado contra Salvador Allende. Richard llama la atención sobre el uso, con objetivos y efectos opuestos, de los lenguajes visuales en uno y otro caso: si la película de Guzmán “recrea los sobresaltos de una historia en acción y movimiento que se filma sin pausa”, el álbum fotográfico “trata de clasificar el desorden del año 1973”, y al eliminar los comentarios con que hace treinta años esas fotografías aparecían en *El Mercurio*, simula “que su mirada sobre esa historia fotografiada con violencia y ahora sobriamente editada, es una mirada imparcial” (pp. 206 s.). El artículo está armado sobre esa oposición, que constituye el punto de partida y de llegada de muchos de los trabajos de Nelly Richard. No me ha sido posible consultar su último libro, *Crítica de la memoria (1990-2010)*, publicado en Chile en 2010. La presentación de la editorial señala que el libro contiene, además de la crítica a la memoria oficial, “una crítica de la memoria a-crítica, aquella que se cristaliza en un relato sectorizado donde la compasión hacia las víctimas a menudo exculpa de la responsabilidad colectiva o donde la mitificación de la militancia exime de su confrontación histórica”.¹

Siglo XXI editó en 2009, en su colección “Sociología y política”, un estudio que constituye otra vuelta de tuerca en el discurso de la memoria en las posdictaduras del Cono Sur: *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, de Hugo Vezzetti. El punto

¹ <<http://www.ediciones.udp.cl/colecciones/huellas/richards-criticadelamemoria.html>> (31/01/2012).

de partida de esta nueva lectura de los usos de la memoria y del olvido, que formula también una crítica a la política de la memoria implementada por el kirchnerismo, es que “toda configuración de memorias produce sus propias zonas de olvido” (p. 69). Constatando que “el pasado de la violencia insurgente y los mitos y leyendas de la guerra revolucionaria persisten como un núcleo duro, intocado, en la recuperación que buena parte de la izquierda hace de esa experiencia” (p. 43), Vezzetti sostiene sin embargo que “asistimos a un cambio en el *régimen de memoria* de la experiencia de los setenta” (p. 114; énfasis en el original), y plantea, a unos cuarenta años de distancia, la necesidad de preguntarse también por las otras víctimas, las de la guerrilla, ampliando así el debate a la violencia que se ejerció desde la militancia revolucionaria, ya antes del golpe de Estado de marzo de 1976, sin por eso en ningún momento justificar la violencia de la dictadura, ni mucho menos. Refiriéndose a “la reconstrucción romántica y la epopeya subjetiva” de la militancia, como en el caso de *La voluntad*, el libro de Martín Caparrós y Eduardo Anguita, Vezzetti sostiene que “esa expresión nostálgica de una militancia sublimada se ha edificado a costa de otro olvido mayor, el de los costos terribles de la aventura revolucionaria” (p. 97). Recurriendo a las fuentes, y ése es uno de los grandes aciertos del libro, Vezzetti analiza las severas críticas de la misma izquierda revolucionaria hacia la guerrilla después del golpe, sobre todo en los debates del exilio, apuntalando su tesis con el discurso autocrítico de los propios militantes.

El libro constituye una clara intervención intelectual en la medida en que critica el uso de los derechos humanos y la idealización de la militancia por parte del kirchnerismo, pone el dedo en la llaga de la instrumentalización de la guerrilla por Perón y el peronismo, vuelve, para debilitarlas, sobre las críticas contra el *Nunca más...*, etc. Vezzetti interroga y deconstruye el mito revolucionario del Che en adelante, el mesianismo y la celebración de la muerte en el discurso y la acción guerrillera, “la sustitución de la acción política y social por las formas de la guerra” (p. 157), y lo hace recurriendo a las fuentes provenientes, sobre todo, de Montoneros. La lectura de este libro centrado en la década de 1970, sobre todo en los años previos al golpe de Estado, que fueron mis años de estudio en la Universidad de Buenos Aires, en un principio me desconcertó, porque hasta no hace mucho tiempo no había un lugar para hablar de los crímenes de la violencia revolucionaria sin ser tildado de defensor de la dictadura. Que Vezzetti no lo es, lo sabemos muy bien. Las reseñas del libro publicadas en Buenos Aires dan cuenta de que en la Argentina de hoy han cambiado las condiciones de posibilidad del discurso sobre la memoria, y de que es posible, desde posturas intelectuales políticamente progresistas, volver sobre los olvidos producidos por el trabajo de la memoria sobre los crímenes de la dictadura.

5. Los intelectuales de hoy y la historia de mañana

Si en el siglo XIX los intelectuales fueron en América Latina los legisladores de la ciudad letrada, y en el siglo XX se concibieron como conciencia crítica de la sociedad, la globalización está produciendo desde hace veinte años cambios que conllevan no la desaparición, pero sí una rearticulación de las funciones intelectuales. Los mundos de lo que llamábamos ‘lo culto’ (que constituyó el lugar de enunciación del intelectual moderno), ‘lo popular’ (que en no pocos casos fue un tema clave de los intelectuales) y ‘lo masivo’ (rechazado por unos como instrumento del capitalismo rampante y elogiado por

otros en razón de su potencialidad democratizadora) se han ido diferenciando a medida que las culturas visuales y las tecnologías digitales conquistaban la escena pública. Si la posición del intelectual moderno se caracterizó por “aceptar la división de esferas de la modernidad y profesionalizarse en la acumulación de un capital simbólico; legitimar la palabra a partir de esas destrezas simbólicas; hacer uso público de esa palabra” (Terán 2002), hoy en día las esferas ya no están tan divididas, la acumulación de capital simbólico no depende sólo de destrezas vinculadas con la cultura de la letra, y el centro de la esfera pública se ha trasladado de la plaza a la pantalla y del libro a la televisión e internet.

Acerca de lo que se gana y lo que se pierde con esos cambios en todos los órdenes, pensamos seguramente cada día cuando revisamos nuestro correo electrónico. A Beatriz Sarlo, convertida en intelectual *massmediática*, la conoce hoy mucha más gente que cuando publicó *Escenas de la vida posmoderna*; los locutorios de internet brotan como los hongos en las ciudades (no solo en las grandes); la computadora llega a las escuelas de provincia, aunque se califique de populista una medida de gobierno que propicie esa difusión; las instalaciones de artistas plásticos hacen uso de las tecnologías digitales, son difundidas por ellas y atraen a un público masivo. Si el economista fue “en el campo intelectual de los ’90, y al compás del descentramiento de la política y del predominio del mercado, el intelectual hegemónico” (Terán 2002), hoy ya no lo es. Los nuevos presidentes y presidentas de Brasil, Bolivia, Ecuador, Paraguay o Uruguay no llegaron al gobierno porque fueran apoyados por prestigiosos intelectuales de viejo o expertos de nuevo cuño, ni provienen de los cuadros tradicionales, y sus políticas culturales son inéditas –baste pensar en el nuevo programa brasileño de “Ciencia sin fronteras”–. No será nuestra generación la que asuma la dirección del tercer volumen de la *Historia de los intelectuales* en el siglo XXI; pero no me cabe duda de que esa historia podrá escribirse, y quizás incluso aparezca en forma de libro.

Bibliografía reseñada

- Altamirano, Carlos (dir.): *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Jorge Myers ed. Buenos Aires: Katz 2008. 587 páginas.
- (dir.): *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Carlos Altamirano ed. Buenos Aires: Katz 2010. 811 páginas.
- García Canclini, Néstor: *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Buenos Aires: Katz 2011. 264 páginas.
- Giunta, Andrea: *Poscrisis. Arte argentino después de 2001*. Buenos Aires: Siglo XXI (Col. Arte y pensamiento) 2009. 269 páginas.
- Grimson, Alejandro: *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI (Col. Antropológicas) 2011. 266 páginas.
- Ludmer, Josefina: *Aquí América latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia 2010. 215 páginas.
- Mailhe, Alejandra (ed.): *Pensar al otro/pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*. La Plata: Ediciones Al Margen 2010. 380 páginas.
- Moraña, Mabel/Gustafson, Bret (eds.): *Rethinking Intellectuals in Latin America*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (South by Midwest, 2) 2010. 388 páginas.
- Richard, Nelly: *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI (arte y pensamiento) 2007. 211 páginas.

Vezzetti, Hugo: *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI 2009. 280 páginas.

Bibliografía citada

- Baeza, Brígida (2009): *Fronteras e identidades en Patagonia Central (1885-2007)*. Buenos Aires: Protohistoria.
- Caparrós, Martín/Anguita, Eduardo (1997-1998): *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. 3 vols. Buenos Aires: Planeta.
- Dalmaroni, Miguel (2010): “La literatura y sus restos (historia, crítica, filosofía). A propósito de un libro de Ludmer (y otros temas)”. En: *BazarAmericano*, octubre-noviembre, <<http://bazaramericano.com/buscador.php?cod=19&tabla=columnas&que=dalmaroni>> (31/01/2012).
- Escobar, Ticio (2004): *El arte fuera de sí*. Asunción: Centro de Artes Visuales-Museo del Barro/FONDEC.
- García Canclini, Néstor (2002): *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós.
- Ramos, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, Jacques (2008): *Le spectateur émancipé*. Paris: La Fabrique Éditions.
- Richard, Nelly (2010): *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Terán, Oscar (2002): “Intelectuales y política en la Argentina”. En: *Le Monde Diplomatique* 41, pp. 34-35, <<http://www.insumisos.com/diplo/NODE/3309.HTM>> (31/01/2012).
- Tupitsyn, Victor (2004): “Post-Autonomous Art”. En: *Third Text. Critical Perspective on Contemporary Art* 18, 3, pp. 273-282.
- Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.) (2004): *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert.
- Valle, José del (ed.) (2007): *La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert.